

KUZNETSOV

Se queda en Gran Bretaña

do del Senado». Esta obligación presidencial figura en la Constitución; bordeando la Constitución, los Presidentes anteriores, sobre todo Johnson después del discutido y dudoso incidente del «Maddox» en el golfo de Tonkín, se comprometieron en una situación de guerra en el Vietnam sin requerir a las cámaras de la nación para su acuerdo (la ficción esencial consiste en que no existe declaración de guerra ni estado de guerra de Estados Unidos contra el Vietnam, mientras que no sólo la guerra existe realmente, sino que, oficialmente, todas las ramas de la administración funcionan como si se hubiese declarado la guerra). Una decisión reciente del Senado recordaba esta obligación presidencial: se consideró no sólo como una acusación póstuma contra Johnson, sino como una prevención contra Nixon.

Parece ser que en su visita relámpago y no prevista a Saigón —aprovechando un «día de descanso» que figuraba en el programa—, como en su estancia en Bangkok, Nixon se ha dejado influir especialmente por los militares americanos de guarnición —más que por los políticos asiáticos que le recibían— en el sentido de que no hay opciones medias y de que un abandono prematuro de las posiciones militares significaría una caída vertical de los dos países, Tailandia y Vietnam del Sur, y le han vuelto a enfrentar con la idea ya antigua de las «fichas de dominó», es decir, que la caída de uno de estos dos países o de los dos, arrastraría inevitablemente la de toda Asia. Es decir, según estos militares, la idea de distinguir entre agresión exterior como base para la intervención americana y agresión «interior», en la cual serían los gobiernos amenazados los que tendrían que defenderse a sí mismos —con la ayuda americana, bien entendido—, es utópica. Se regresaría así a las bases ideológicas, militares y políticas de la época de Johnson, y aun de los tiempos de la guerra fría, que suponían la no diferenciación absoluta entre movimientos interiores y agresión exterior, partiendo de la idea de que en los países influidos por los Estados Unidos no puede haber movimientos interiores de agitación, protesta o rebeldía contra los poderes centrales si estos movimientos no están preparados, sostenidos o fomentados desde «el exterior». Fue esta tesis la que justificó semánticamente la intervención de los Estados Unidos en el Vietnam; contra esta tesis se han establecido las doctrinas de Kissinger, respaldadas por Nixon, de «nueva flexibilidad», y la reaparición de esta tesis ahora establece la contradicción y la dificultad de Nixon.

Parece una premisa históricamente establecida de los Presidentes de los Estados Unidos, cuando viajan, mostrarse exageradamente solidarios del país que visitan: es un arrastre del imperialismo arcaico por el cual el Emperador se proclamaba ciudadano de cada uno de los países que componían el Imperio, y, probablemente, tuvo su máxima expresión verbal cuando el Presidente Kennedy se proclamó berlinés («Ich bin ein Berliner!») cuando visitó Berlín occidental. Probablemente, las contradicciones de Nixon obedecen ahora a este camaleonismo imperial y, probablemente también, cuando regrese a Washington pueda permitirse también el regreso a la política de la «nueva flexibilidad» que le han preparado sus intelectuales de cámara y en la que parece haberse comprometido, entre otras cosas, porque no tiene más remedio. Pero el problema no está en lo que haya dicho o esté diciendo a sus interlocutores, o en sus discursos y declaraciones —palabras que, en la alta política, jamás han tenido importancia y consistencia—, sino en el acto que ha cometido ya, que es de la suspensión de la retirada del Vietnam. El hecho de que sea solamente por un mes implica una vacilación, una tregua, una indecisión. Nixon viajaba por Asia, antes de entrar en Europa por la vía comunista de Rumania, para comenzar a establecer y a preparar lo que se ha llamado, quizá prematuramente, la política «postvietnamita». El aplazamiento de la retirada y la presencia reforzada en Tailandia dejan sin justificar, en los hechos, la existencia real de una política «postvietnamita».

El misterio de la desaparición de Anatol Kuznetsov se ha disipado. Llegado a Londres el 24 del pasado mes, el escritor soviético decidió solicitar asilo en Gran Bretaña seis días más tarde, permiso que le fue concedido inmediatamente por el ministro del Interior. El día 30, la Embajada soviética presentó una denuncia ante el Ministerio de Asuntos Exteriores por la desaparición de su súbdito, el cual la transmitió al del Interior para que investigase. Inmediatamente se emitió la hipótesis de que Kuznetsov había solicitado asilo político, pero inmediatamente se publicó una declaración oficial británica negando esta hipótesis y anunciando que no había tenido el menor contacto con el escritor y que ignoraba su paradero. Poco después se despejaba la incógnita al hacerse pública su petición de asilo. Anatol Kuznetsov pertenecía al comité de redacción de la revista «Yunost», órgano de los jóvenes escritores soviéticos. Sus relaciones con el gobierno soviético eran difíciles: estaba considerado como un inconformista moderado, más o menos como el poeta Evtuchenko. Sus relaciones con el mundo occidental no eran tampoco fáciles. Se había enfrentado con quienes trataban de convertirle en símbolo de la resistencia interior soviética. En 1961 procesó a una editorial francesa que había traducido una de sus novelas con el título «Una estrella en la niebla» (título original, «Continuación de una leyenda»: relata la industrialización y revalorización de Siberia, en la que él mismo participó como obrero de la construcción en Irkutsk), acusándola de haber dado una versión falsa de su texto y de haber publicado el libro sin su previo acuerdo: los jueces le dieron la razón y la editorial fue condenada. Sus problemas dentro de la Unión Soviética datan de la publicación de su novela «Babi Yar» —título, también, de un poema de Evtuchenko—, en la que se relata la matanza de judíos por los alemanes en Kiev. El problema de esta novela no fue, como se ha dicho, por



un reflejo de antisemitismo de las autoridades soviéticas, sino porque en la novela de Kuznetsov presentaba personajes considerados como «dudosos»: no todos los alemanes eran malos, no todos los bolcheviques eran buenos, aparecían ciudadanos soviéticos colaboracionistas y, en general, presentaba un cuadro de la ocupación y de la resistencia bastante distinto de la versión oficial. Para Kuznetsov, que había vivido esta tragedia a los doce años de edad, había sido precisamente la matanza de judíos en Babi Yar la que había polarizado la necesidad de resistir al ocupante y de luchar contra los nazis, cuando la versión oficial es que esta lucha era inherente al espíritu soviético.

Como principal motivo de su defecación, Anatol Kuznetsov ha esgrimido la invasión soviética de Checoslovaquia. Parece que en una carta dirigida a las autoridades soviéticas indica que no regresará a su país hasta que el último soldado soviético haya abandonado Checoslovaquia. Por otra parte, el escritor soviético llegó a Londres provisto de una serie de microfílm de todos sus libros prohibidos en la Unión Soviética.

EL «CASO KENNEDY» Y LOS PROYECTILES «ABM»

¿Hay un chantaje político contra el senador?

La presión contra los magistrados que han intervenido en el «caso de Edward Kennedy» puede conducir a la apertura de una nueva información y a decisiones más graves contra el senador. El hecho de que Ted Kennedy se declarase culpable rápidamente permitió al fiscal Steele —antiguo amigo de los Kennedy— cerrar la encuesta sin interrogar a las personas que participaron en la fiesta. La presión actual se hace en el sentido de que once personas sean interrogadas y describan la actitud respectiva de Kennedy y Mary Jo Kopechne durante la fiesta, y la cantidad de bebida que había tomado el senador, cosa que no pudo ser apreciada por la policía porque, al realizar su presentación nueve horas después del accidente, después de la inmersión y del choque emocional, no podían quedar en la sangre más que leves trazas de alcohol. Por su parte, la oficina de tráfico del Estado de Massachusetts —que retiró el permiso de conducir durante un año a Kennedy exclusivamente por su retraso en prevenir a la policía— estudia este miércoles el asunto de nuevo, acusando esta vez al senador de faltas graves en la

forma de conducir su automóvil durante la noche del suceso. En este caso, Kennedy sería condenado a otra pérdida temporal del permiso de conducir. Pero lo grave no sería esta pérdida, sino que la decisión de la oficina de tráfico tendría una repercusión penal en los tribunales, puesto que, demostrada la falta grave, podría convertirse en una acusación de homicidio involuntario. Las presiones políticas para la reapertura de la encuesta y la aplicación de sanciones más graves —que podrían redundar en una pérdida automática de la carrera del último Kennedy— no coinciden con la indulgencia general manifestada por la opinión pública. Las encuestas en el Estado de Massachusetts muestran que el 78 por ciento de la población no considera necesario que Kennedy dimita. Este porcentaje es mucho mayor cuando los interrogados son más jóvenes. Prácticamente, las personas de menos de treinta años estiman que el único problema de Edward Kennedy es el de haberse visto envuelto en un accidente, pero que este accidente, sea cual sea su forma de participar en él —y descartando, desde luego,